

Emilio Lledó

El rigor y la serenidad

Jaime Labastida

Con el propósito de honrar la obra de un extraordinario pensador que cumplió hace un siglo el papel de maestro de escritores en América Latina, la Academia Mexicana de la Lengua ha instituido el Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña que en su primera emisión, en noviembre de 2014, fue entregado al escritor y filósofo español Emilio Lledó.

La Academia Mexicana de la Lengua ha establecido el Premio que lleva el nombre de Pedro Henríquez Ureña para reconocer la trayectoria de un escritor cuya obra se haya desplegado, en lo fundamental, en el ensayo. Existe una enorme cantidad de premios dedicados a narrativa, poco menos a poesía, escasos los que se otorgan al ensayo, como si esta forma de escritura careciera de relevancia, cuando la tiene, y mucha. Quiso la AML honrar la memoria del ilustre americano que dio lo mejor de sí mismo a nuestro país y que cultivó con esmero el ensayo. Uno de sus textos, ya clásico, se titula precisamente *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Nacido en República Dominicana, arribó joven a México y se integró al Ateneo de la Juventud: sus mejores amigos fueron Alfonso Reyes, José Vasconcelos y los otros miembros de ese grupo cobijado a la sombra generosa de Justo Sierra. Todos realizaron una tarea de importancia extrema para la cultura de México. Pero Henríquez Ureña irradió desde aquí su enseñanza hacia Estados Unidos, el Caribe y Argentina. Murió junto al Río de la Plata y su palabra quedó inscrita en la memoria de generaciones enteras. Al honrarlo, la AML reconoce ese tipo de escritura en el que destacó como verdadero maestro

y, a través suyo, a quienes han hecho del ensayo un sistema de vida. Nadie mejor que Emilio Lledó para recibir el primero de los premios que la AML otorgará, año con año y desde ahora.

Fue el Señor de la Montaña, Michel de Montaigne, quien creó el género, esta forma de escritura que guarda escasa relación con las *summas* medievales o con los tratados sistemáticos del Kant que concibió la *Crítica de la razón pura* o el Hegel que produjo la *Ciencia de la lógica*. En el ensayo se oscila de la reflexión personal a la indagación profunda. Es una forma dúctil en la que se pueden expresar asuntos filosóficos (como lo hizo Locke), históricos o sociales. Ha conocido, desde el siglo XVI, un desarrollo constante y ha dado frutos invaluable en el pensamiento.

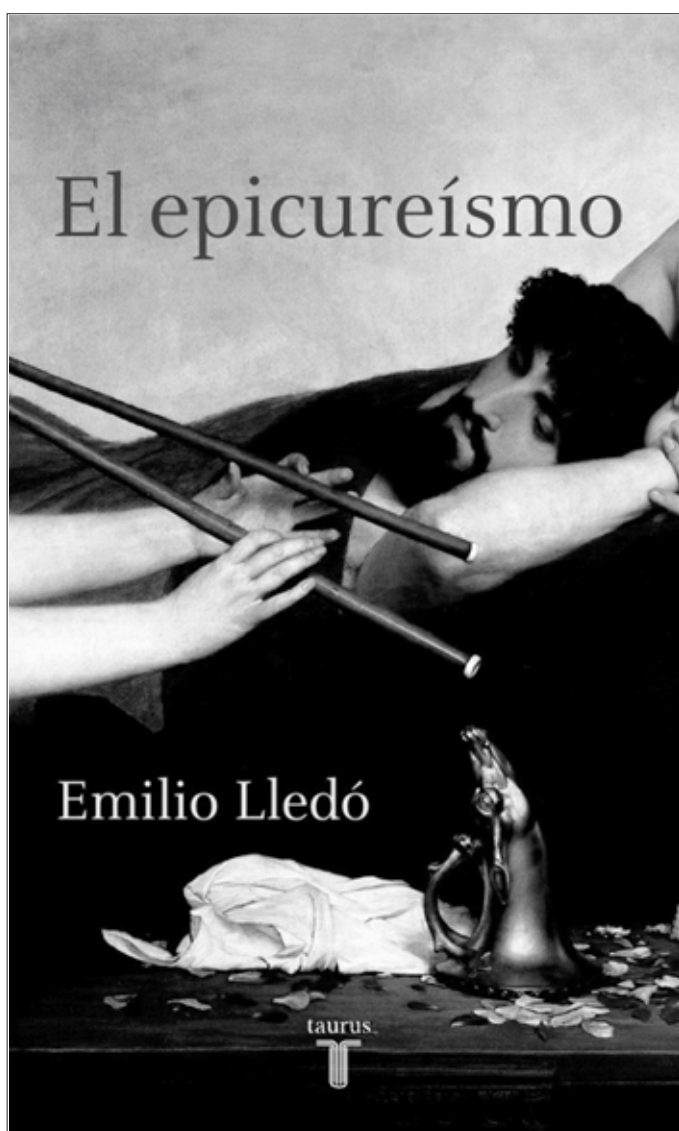
El Señor de la Montaña dijo que su libro era un libro *de buena fe* y que la materia de su libro *era él mismo*. De ahí que pudiera expresar en él, sin recato, sus problemas. Al propio tiempo, aquel libro fue el instrumento que le permitió tratar los más diversos asuntos con un amplio margen de libertad. Montaigne ejerció una crítica fuerte contra las formas caducas de pensamiento. Tal vez el rasgo decisivo del ensayo sea que permite

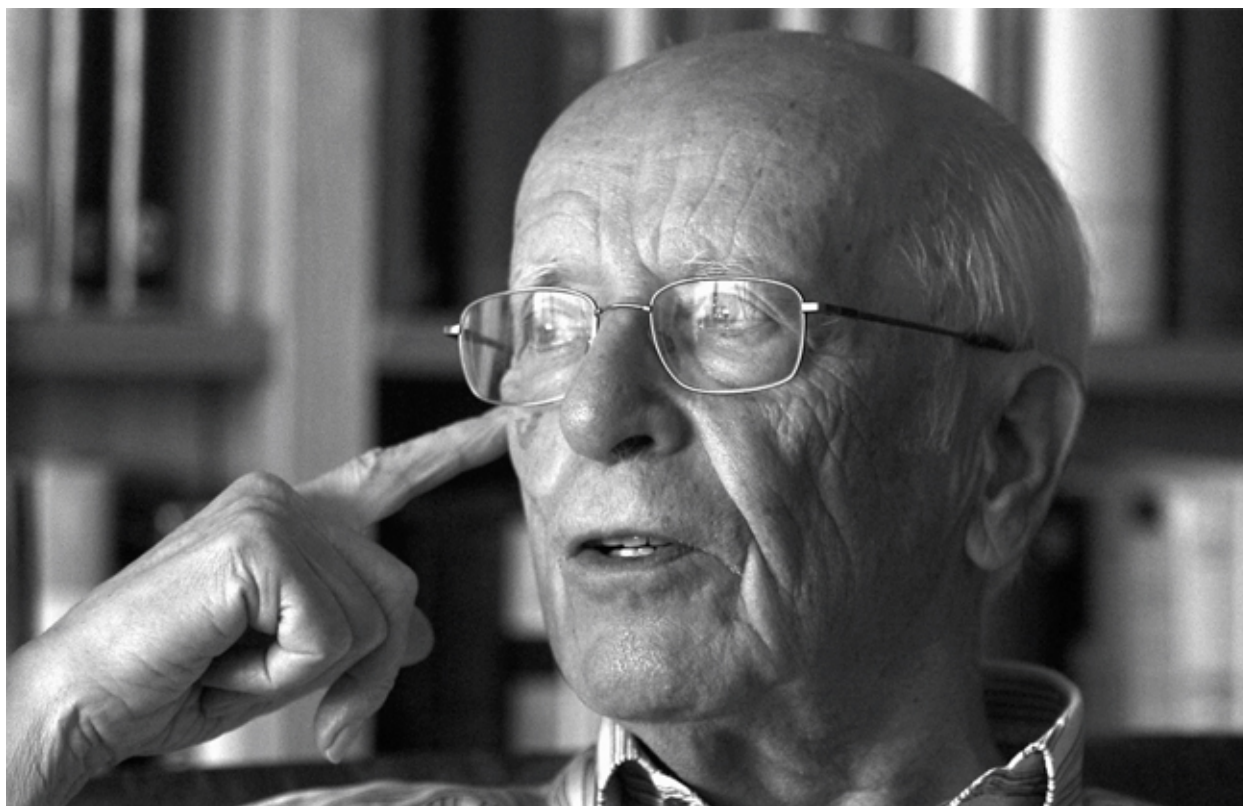
volver sobre los pasos dados, que no está a la búsqueda del tiempo perdido sino que desea perderlo; que no intenta la perfección porque sabe que nunca la obtendrá: su nombre lo indica, es un ejercicio que precede a la obra definitiva. Emilio Lledó es un destacado cultivador del género. Se formó en el rigor que otorga la formación del helenista: es traductor de Platón y ha escrito un breve pero valioso libro en el que examina un solo concepto, el concepto de *poiesis* en la filosofía griega. En ese libro parte del examen del filósofo jónico que usó el concepto por primera vez, Heráclito. Culmina en Platón. Lledó sabe matizar el tema que examina e interpreta los textos con sutileza extrema. Es, en buena medida, un hermeneuta. No se limita a establecer la correspondencia entre un término heleno y una voz española que aparece, codificada, como equivalente: rastrea su origen, su etimología, su sentido prístino. Esto indica que Lledó, desde sus primeros textos, fue marcado con el signo del rigor. Tal vez por eso insista en subrayar la diferencia entre lengua *materna* y lengua *matriz*: la que nos hace y nos construye.

Después de hacer sus primeros estudios en España, Emilio Lledó prosiguió su formación académica en Ale-

mania. Era preciso que su cerebro conociera el aire fresco que lo salvara de la cárcel intelectual de la España franquista. Fue discípulo de Hans-Georg Gadamer. Abrevó en su cátedra y en su obra la tradición rigurosa de la filosofía alemana. Conoció por entonces la filosofía del primer Heidegger, la que marcó un hito con *Ser y tiempo*, más tarde, la obra del filósofo de la Selva Negra, ya abierta a los temas esenciales de la palabra y de la poesía. Pero Lledó no fue atraído por las audacias lingüísticas de Heidegger. Influido por la hermenéutica y el rigor de la filosofía alemana, introdujo en la prosa de lengua española, empero, una buena dosis de ductilidad. Los ensayos de Lledó, sin perder nada en precisión, son modelo de una elegancia pocas veces alcanzada en nuestra lengua cuando se ocupa de asuntos filosóficos. El español no se ha caracterizado, hasta hoy, por el cultivo de la ciencia y la filosofía. Destaca en la literatura; pero resulta magro, escaso por no decir que avaro en la escritura que cultiva el pensamiento riguroso. No podemos hablar de *filosofía española*. Decimos *idealismo alemán*, *empirismo inglés*, *racionalismo francés*, pero nuestra lengua no muestra todavía su pleno vigor en el terreno del pensamiento riguroso. No es un lastre de nuestra lengua. Sólo sucede que se ha enfocado a otras formas de escritura. Lledó es prueba de que se puede pensar en español, que se debe hacer filosofía en nuestra lengua y que se puede hacer con elegancia. Algunos filósofos de lengua española han escrito textos en una lengua extraña, en una especie de *germanía filosófica*: una prosa oscura que carece del espíritu de la lengua. No es el caso de Ortega y Gasset, por supuesto, ni el de Antonio Machado, creador del profesor apócrifo que lleva el nombre de Juan de Mairena, pero sí el de otros, de cuyos nombres no quiero acordarme. Lledó no se quedó preso del régimen de construcción propio de la lengua alemana. Escribe, por el contrario, en un español elegante, sereno, riguroso. Por esta causa, y con plena razón, se le ha otorgado, apenas ayer, el Premio Nacional de Literatura en España.

¿De dónde abreva Lledó esta enseñanza? Creo que de su profundo amor por la poesía. Confiesa que “muchos de los estudiantes de mi generación respirábamos, para sobrevivir, el aire de la gran poesía nacida no mucho antes de nosotros”. Así, la poesía de Machado, Juan Ramón, Neruda, Lorca, Miguel Hernández, “era para él un alimento necesario”. Adviértanlo: la poesía le otorgaba el aire necesario para *sobrevivir* y constituía un *alimento necesario*. Un poeta, nada menos que el autor de *Cántico*, Jorge Guillén, le dedica su libro y ese encuentro le provoca una conmoción: le abre la posibilidad de examinar, desde otro ángulo, el filosófico, *lo que dicen los poetas y la poesía*. Por esto, Lledó afirma que “una mente sin palabras es una mente ciega, una inteligencia paralizada e inerte”.





Emilio Lledó

No me es posible tratar, en este breve espacio, todos los rasgos que contiene el trabajo filosófico de Lledó. Destacaré sólo algunos. En primer lugar, me parece preciso decir que Lledó pone el énfasis, antes que en la imagen, en el *λογος*, en la palabra. Por esto, al examinar el vínculo entre imagen y palabra, exige que seamos, como lo establece el principio aristotélico: *seres vivos dotados de lenguaje*. Me niego a decir, igual que Lledó, que la voz latina *animal* sea equivalente del término griego *ζωον*. La voz latina distorsiona el sentido de la definición aristotélica. Aristóteles no subsume plantas ni lo que se llama *animales* ni al hombre bajo el género *anima* (*ψυχη*): usa el verbo *ζωω*, vivir, unido al participio del verbo *εἰμι*, ser, *ων-οντος*, para construir el concepto *ζωον*. Lo decisivo en la definición aristotélica consiste en subrayar que la esencia del ser humano es el *habla*, la *razón*, la *palabra*. Sólo por la palabra el hombre alcanza su plenitud. Decir palabra es decir *diálogo*, el acto de reconocer la voz del *otro* y, con él, la función primordial del silencio. La imagen sólo puede ser entendida si es interpretada por la palabra. Debemos invertir, pues, la sentencia: *una palabra dice más que mil imágenes*.

Lledó me produce asombro cuando traduce, de modo distinto al habitual, la primera línea de la *Metafísica* aristotélica: *todos los hombres, por naturaleza, tienen ansia de saber*, dicen que dice el Estagirita, palabras más, palabras menos, según versiones tradicionales. Lledó, en cambio, ofrece, en su traducción, un verdadero hallazgo. Todos los traductores vierten el verbo *εἶδω*, que produjo el concepto *idea*, como *saber*: en efecto, tal es

su acepción clásica. Pero el verbo tuvo en su origen el sentido de *ver*. Lledó traduce, pues, la primera línea de la *Metafísica* así: *Todos los hombres tienen ansia de ver*. Su versión nos hace volver al sentido original, ya que Aristóteles añade que lo anterior se prueba por el goce que nos proporcionan los sentidos (y, por encima de todos, el sentido de la vista).

Como una leve muestra de la prosa de Lledó, me urge ofrecer un texto en el que describe la estatua del guerrero tallada por Crésilas, contemporáneo de Fidias:

la grandiosa musculatura que lo sostiene ya no sirve para animar tan perfecta fábrica ni para lanzar flecha o disco alguno. Desprovisto de armadura, desnudo en un irreal combate del que sólo su mano derecha conserva la empuñadura de una partida espada, este cuerpo, con esa leve señal de la herida sobre su pecho, soporta el riguroso aleteo de un aire mortal que anuncia el inminente, instantáneo, desfallecimiento... El azar ha despojado al guerrero de la cabeza... malherido, está enfrentado a una batalla ideal, y ese espacio sutil que circunda la figura del moribundo, todavía vivo, todavía enhiesto, todavía firme, no está poblado por el estruendo de las armas ni por los mortíferos dioses que cercan a los combatientes ante los muros de Troya...

Al premiar a Emilio Lledó, la AML quiso ofrecer un signo de rigor. Quienes reciban este premio, en años posteriores, han de alcanzar una estatura semejante a la del gran escritor, al enorme ensayista, al filósofo profundo que recibe el Premio Pedro Henríquez Ureña, hoy. **U**